

# ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO L



C. S. I. C.  
**2010**  
MADRID

*Anales del Instituto de Estudios Madrileños* publica anualmente un volumen de más de quinientas páginas dedicado a temas de investigación relacionados con Madrid y su provincia. Arte, Arqueología, Arquitectura, Geografía, Historia, Urbanismo, Lingüística, Literatura, Sociedad, Economía y Biografías de madrileños ilustres y personajes relacionados con Madrid son sus temas preferentes. *Anales* se publica ininterrumpidamente desde 1966.

Los autores o editores de trabajos o libros relacionados con Madrid que deseen dar a conocer sus obras en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* deberán remitirlas a la secretaría del Instituto, calle Albasanz, 26-28, despacho 2F10, 28037 Madrid; reservándose la dirección de *Anales* la admisión de los mismos. Los originales recibidos son sometidos a informe y evaluación por el Consejo de Redacción, requiriéndose, en caso necesario, el concurso de especialistas externos.

**DIRECCIÓN DE ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS:**

PRESIDENTE DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS: Alberto Sánchez Álvarez-Insúa (Instituto de Filosofía, CSIC).

PRESIDENTA DE LA COMISIÓN DE PUBLICACIONES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS: Julia María Labrador Ben.

SECRETARIA DE LA COMISIÓN DE PUBLICACIONES: María Teresa Fernández Talaya (Ayuntamiento de Madrid).

SECRETARIA INFORMÁTICA y PÁGINA WEB: Julia Labrador Ben.

**CONSEJO DE REDACCIÓN:**

Alfredo Alvar Ezquerro (CSIC), Luis Miguel Aparisi Laporta (Instituto de Estudios Madrileños), Eloy Benito Ruano (Real Academia de la Historia), Paulino Capdepón Verdú (Universidad de Castilla-La Mancha), Ricardo Donoso Cortés y Mesonero Romanos (UPM), José Montero Padilla (UCM), Alfonso Mora Palazón (Ayuntamiento de Madrid), M.<sup>a</sup> del Carmen Simón Palmer (CSIC).

**CONSEJO ASESOR:**

Enrique de Aguinaga (UCM; Cronista de Madrid), Carmen Añón Feliú (UPM), Rosa Basante Pol (UCM), Francisco de Diego Calonge (CSIC), Manuel Espadas Burgos (CSIC), Rufo Gamazo Rico (Cronista de Madrid), María Pilar González Yanci (UNED), Miguel Ángel Ladero Quesada (UCM), Jesús Antonio Martínez Martín (UCM), Áurea Moreno Bartolomé (UCM), Leonardo Romero Tovar (Universidad de Zaragoza), José Simón Díaz (UCM), Virginia Tovar Martín (UCM), Fernando Terán Troyano (UPM), Manuel Valenzuela Rubio (UAM).

I.S.S.N.: 0584-6374

Depósito legal: M. 4593-1966

*Printed in Spain*

*Impreso en España*

ORMAG (ormag@graficasormag.com) - Avda. de la Industria, 8. Nave 28 - Tel. 91 661 78 58 - 28108 Alcobendas (Madrid)

**Memoria**

|  |    |
|--|----|
| <i>Memoria del Instituto de Estudios Madrileños año 2010</i> ..... | 15 |
|--|----|

**Artículos**

|  |     |
|--|-----|
| <i>Documentos para una reconstrucción de la historia del Real Colegio de niñas huérfanas Nuestra Señora de Loreto</i> , por MARÍA TERESA LLERA LLORENTE .....              | 23  |
| <i>Los primeros chotis españoles</i> , por JAVIER BARREIRO .....   | 37  |
| <i>Retrato de Madrid</i> , por MARÍA JOSÉ VÁZQUEZ DE PARGA Y CHUECA .....  | 43  |
| <i>Venta del terreno «El Corralón», que el Mayorazgo de los Vargas realizó al conde de Paredes para construir sus cocheras y casas</i> , por EMILIO GUERRA CHAVARINO ..... | 57  |
| <i>Materiales para una toponimia de la provincia de Madrid (IX)</i> , por FERNANDO JIMÉNEZ DE GREGORIO .....   | 67  |
| <i>Servidores íntimos del rey Felipe IV</i> , por JOSÉ DEL CORRAL RAYA .....   | 111 |
| <i>Los comuneros de Madrid</i> , por JOSÉ DEL CORRAL RAYA .....  | 115 |
| <i>Noticias sobre plateros y joyeros activos en Madrid alrededor de 1900</i> , por ALMUDENA CRUZ YÁBAR y JOSÉ MANUEL CRUZ VALDOVINOS .....                                 | 123 |
| <i>Vestir al pobre: la provisión de ropa entre las clases populares madrileñas del siglo XVIII</i> , por VICTORIA LÓPEZ BARAHONA y JOSÉ A. NIETO SÁNCHEZ .....             | 143 |
| <i>Reconstitución arquitectónica del convento de los Agustinos Recoletos, de Madrid</i> , por BORJA VIVANCO OTERO .....  | 163 |

|  | <u>Págs.</u> |
|--|--------------|
| <i>Protocolo y ritual en los bautizos de la monarquía española</i> , por<br>ÁNGELES HIJANO PÉREZ .....   | 201          |
| <i>La Puerta del Olivar de Atocha en el Parque del Retiro</i> , por JAVIER ORTEGA VIDAL y RAÚL GÓMEZ ESCRIBANO .....   | 223          |
| <i>Los escudos de Madrid a lo largo de su historia</i> , por EMILIO GUERRA CHAVARINO .....   | 245          |
| <i>El Patronato Municipal de la Vivienda, antecedentes y normas por las que se regía</i> , por M. <sup>a</sup> TERESA FERNÁNDEZ TALAYA .....                   | 277          |
| <i>Toponimia cervantina</i> , por LUIS MIGUEL APARISI LAPORTA .....  | 289          |
| <i>El Teatro de la Princesa (hoy, María Guerrero): 125 años de historia</i> , por ANTONIO CASTRO JIMÉNEZ .....   | 331          |
| <i>Robert Michel en la iglesia de las Comendadoras de Santiago</i> , por JESÚS ÁNGEL SÁNCHEZ RIVERA .....  | 353          |
| <i>El costumbrismo complaciente y el costumbrismo doliente: Larra y Mesonero Romanos</i> , por EDUARDO L. HUERTAS VÁZQUEZ .....                                | 375          |
| <i>Una nueva vía para una nueva vida. La Gran Vía en las revistas y las revistas en la Gran Vía (1910-1939)</i> , por INMACULADA ZARAGOZA GARCÍA .....         | 407          |
| <i>La indumentaria tradicional en Guadalix de la Sierra (Madrid)</i> , por JOSÉ MANUEL FRAILE GIL .....  | 443          |
| <i>Represión y guerra civil en el cementerio y pueblo de Vicálvaro</i> , por MIGUEL C. VIVANCOS .....  | 473          |
| <i>El arquitecto Ruiz de Salces y el palacio madrileño del Conde de Cerrajería</i> , por FRANCISCO JOSÉ PORTELA SANDOVAL .....                                 | 501          |
| <i>Madrid y su provincia en la Exposición Universal de Filadelfia del año 1876</i> , por JESÚS MARTÍN RAMOS .....  | 527          |
| <i>La arquitectura hospitalaria de la Ilustración: el caso del Hospital General</i> , por INMACULADA REAL LÓPEZ .....  | 569          |
| <i>La política forestal en el Madrid de los Austrias. Abastecimiento de energía y regulación del monte, siglos XVI-XVII</i> , por JAVIER HERNANDO ORTEGO ..... | 595          |

**Necrológicas**

|   |     |
|---|-----|
| <i>Manuel Montero Vallejo, presente en su obra</i> , por JULIO ESCRIBANO<br>HERNÁNDEZ ..... | 635 |
| <i>In memoriam de José Fradejas Lebrero</i> , por LUIS MIGUEL APARISI<br>LAPORTA .....      | 641 |

**Reseñas de libros**

|  |     |
|--|-----|
| ANA MARÍA FREIRE LÓPEZ, <i>El teatro español entre la Ilustración y<br/>el Romanticismo. Madrid durante la Guerra de la Independencia</i> ,<br>por JOSÉ FRADEJAS LEBRERO ..... | 647 |
| RICARDO VIRTANEN, <i>Sol de hogueras</i> , por Julia María Labrador Ben ..   | 648 |

**EL COSTUMBRISMO COMPLACIENTE  
Y EL COSTUMBRISMO DOLIENTE:  
LARRA Y MESONERO ROMANOS**

***THE INDULGENT «COSTUMBRISMO» AND THE BEREAVED  
«COSTUMBRISMO» (LITERARY GENRE DEALING WITH LOCAL  
CUSTOMS): LARRA AND MESONERO ROMANOS***

Por EDUARDO L. HUERTAS VÁZQUEZ

Profesor de la UNED

I. PLANTEAMIENTO

Los dos grandes cultivadores de ambos tipos de costumbrismo son dos escritores que nacieron, vivieron y murieron en Madrid. Por lo que el tipo de costumbrismo que se nos impone es el del costumbrismo madrileño elaborado en el siglo XIX por Ramón de Mesonero Romanos y Mariano José de Larra.

Ambos escritores se conocieron, se valoraron y lo dejaron escrito. Mesonero Romanos en la obra autobiográfica *Memorias de un setentón*<sup>1</sup>. Larra en dos artículos del 19 y 20 de junio de 1836, en los que elogia la primera serie de las *Escenas Matritenses* de Mesonero<sup>2</sup>. Para Mesonero Romanos Larra era, ante todo, un inigualable satírico y, especialmente, un satírico político. Y Mesonero era para Larra un estimable escritor por el que expresa cierta admiración. Ambos estaban en el plano de la «mejor armonía y comunicación», hasta el punto de que Larra sustituyó a Mesonero Romanos, y a instancias de éste, en la publicación *La Revista*, cuando éste inició el viaje a Europa en 1833. La diferencia entre los dos escritores la marca amablemente el propio Mesonero Romanos en este párrafo:

Además, como el objeto de ambos escritores y la manera de desenvolver su pensamiento sean tan diversos, no cabe término equitativo de com-

---

<sup>1</sup> Cfr. la edición de José Escobar y Joaquín Álvarez Barrientos, Castalia/Comunidad de Madrid, 1994, pp. 431-433.

<sup>2</sup> Estos artículos pueden consultarse en «artículos», en M. José de Larra. Selección, introducción y notas de Alejandro Pérez Vidal, Edición B, Barcelona, 1989, pp. 927 y 934.

paración, pues mientras que el intento de *Fígaro* (Larra) fue principalmente la sátira política contra determinadas épocas y personas, el *Curioso Parlante* (Mesonero) se contuvo siempre dentro de los límites de la pintura jovial y sencilla de la sociedad en su estado normal, procurando, al describirla, corregir con blandura sus defectos. Esto va en temperamentos, y el de Larra distaba lo bastante del mío<sup>3</sup>.

Evidentemente, ambos escritores eran distintos. Así lo reconocen y así es, examinadas las obras respectivas, como se expondrá líneas adelante. La diferencia confesada y aceptada por ellos, cada cual en su campo, ha sido objeto de múltiples interpretaciones. Algunos han estirado tanto la diferencia que casi terminan enfrentándolos, como lo hace Ramón Gómez de la Serna, por ejemplo. Otros alargan la diferencia hasta un pronunciado distanciamiento, como hace Francisco Umbral. Para éste escritor Larra es un romántico que piensa y por ello le enlaza con Quevedo y con Valle Inclán, considerando a los tres como espejos implacables de la sociedad y como «hombres de vida y obra a contrapelo de España y de cualquier clase de españolidad»<sup>4</sup>.

Mesonero Romanos, efectivamente, fue un espejo de la sociedad madrileña y española de su tiempo, pero no fue un espejo implacable, sino un espejo condescendiente con dicha sociedad y un moderado reformista. Podría decirse, pues, que fue «a pelo» de estas sociedades sin meterse en grandes ni en pequeños problemas y siempre con el afán de hacer de su adorado Madrid una gran capital, faro y espejo de toda España.

Y así lo ve Carlos Seco Serrano comparado con Mesonero Romanos:

... Larra resulta un perpetuo inadaptado y muy poco eficaz como «edificador» y que, en cambio, dentro de su cortedad de visión y de su egoísmo, Mesonero refleja muy bien las ventajas de la actitud moderada que, al aclimatar las bases de lo que pudiéramos llamar «liberalismo integrador», ha alejado los peligros de una reacción desesperada por parte de la «otra España» —la vencida en la primera guerra civil— y ha asentado con firmeza las bases para posteriores conquistas en el camino de la libertad<sup>5</sup>.

Las diferencias entre ambos escritores son claras, pero de ambos, al no estar distantes en época y espacio vitales, se puede inducir una visión más completa de la sociedad madrileña y de la sociedad española de buena parte del siglo XIX. Así, creo, lo ve Azorín, escritor enamorado de Larra, para quien:

<sup>3</sup> *Memorias de un setentón...*, p. 432.

<sup>4</sup> FRANCISCO UMBRAL, *Larra. Anatomía de un dandy*, Alfaguara, Madrid, 1965, p. 13.

<sup>5</sup> CARLOS SECO SERRANO, *Sociedad, literatura y política en la España del siglo XIX*, Guadiana de Publicaciones, Madrid, 1973, p. 18.

Si Larra simboliza la sociedad literaria de su tiempo exaltada, impulsiva, generosa, romántica, Mesonero representa la sociedad burguesa práctica, metódica, bienhallada. Larra y Mesonero se complementan: los dos nos dan la síntesis del espíritu castellano. (...)

No pongamos a Larra frente a Mesonero ni a Mesonero frente a Larra. Como ellos se querían cordialmente, debemos nosotros quererlos por igual a los dos. Los dos se completan; los dos son aspectos distintos, pero solidarios, de una misma época, de un mismo espíritu<sup>6</sup>.

En efecto, aceptada esta perspectiva, Larra y Mesonero se completan y se complementan precisamente, porque son distintos. Mesonero Romanos se ancla en su ciudad y se recrea en ella, no saliendo nunca del adorado entorno de la capital de España y virtual centro de poder político, económico y cultural del país. A Larra Madrid no le satisface y se duele de ello, pero en Madrid vive y escribe, y desde sus dolientes vivencias madrileñas trasciende a niveles nacionales y universales. Esta es nuestra perspectiva: el costumbrismo inmanente y complaciente de Mesonero Romanos y costumbrismo trascendente y doliente de Larra.

## II. EL COSTUMBRISMO COMPLACIENTE DE RAMÓN DE MESONERO ROMANOS

Para bien o para mal, como corona de éxito o de martirio, Ramón de Mesonero Romanos es considerado como el arquetipo del costumbrismo madrileño que se complace con la ciudad en la que nació, vivió y murió, llegando a ser un privilegiado observador y cualificado promotor de la misma.

Fue Ramón de Mesonero Romanos un personaje madrileño del siglo XIX, que dedicó su vida y parte de su fortuna a conocer y dar a conocer su ciudad natal y, al mismo tiempo, a promover, a través de planes, propuestas y proyectos, mejoras urbanas, y reformas administrativas, así como la creación de instituciones privadas, «en pro del progreso y cultura de la capital». Y lo hizo, simplemente, con la buena fe y con las «escasas fuerzas de un buen ciudadano», cuya devoción por Madrid le ha consagrado como el hito controvertido del madrileñismo. Burgués acomodado, absolutista y liberal, conservador y moderado reformista, autodidacta e ilustrado tardío, con «una ingénita aversión a la política», e independiente «por carácter y fortuna», pudo llegar a ser, sin apenas esfuerzo, un observador privilegiado de la ciudad y de los ciudadanos y un promotor, no menos privilegiado y generoso, de mejoras y de reformas de Madrid y de su Administración municipal.

<sup>6</sup> AZORÍN, *Obras escogidas*, vol. II, Espasa-Calpe, Madrid, 1999, pp. 766-767.



Efectivamente, Ramón de Mesonero Romanos fue un ser privilegiado, cuya fortuna y marchamo burgués le alejaban de compromisos, intereses y ambiciones políticas y económicas. Por ello alardeó siempre de su independencia, de la gratuidad de su comportamiento y de su alejamiento de la política oficial, aunque no ocultara sus inclinaciones teóricas y prácticas hacia determinadas posiciones políticas moderadas.

La posición privilegiada de Mesonero Romanos, pues, hizo que su decantada devoción por Madrid se convirtiera en culto a la ciudad y su celo por verla mejorada en activismo municipalista hasta el punto de ser llamado por sus compañeros de corporación «El Corregidorcillo». De aquí que el esencial madrileñismo de Mesonero tenga tres vertientes: la del conocimiento minucioso de la ciudad y la información escrita sobre ella, la de su activismo como gestor de asuntos públicos madrileños y la de promotor privado de instituciones educativo-culturales y de establecimientos de beneficencia, tales como la refundación del Ateneo y la fundación de la Caja de Ahorros de Madrid, junto al Marqués Viudo de Ponteijos, desde la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País. Su posición privilegiada pareció que, en un momento dado, le permitió pretender arrogarse el privilegio de ser el «único escritor» de la ciudad. Pero, en realidad, lo que sí le facilitó su posición privilegiada fue la pretensión de captar a la ciudad como totalidad, esto es, tanto en sus aspectos físicos o materiales como en sus aspectos morales o costumbristas. Expresa el autor dicha pretensión en la Introducción al *Nuevo manual histórico-topográfico-estadístico y descripción de Madrid*, de 1854, que es la cuarta y definitiva edición de *Manual de Madrid. Descripción de la Corte y de la Villa*, de 1831. En este año —confiesa Mesonero—:

Osamos acometer la entonces difícil tarea de describir el Madrid de este siglo presente, bajo sus distintos aspectos, material y estadístico, administrativo e histórico, al propio tiempo que en otra obrilla que por entonces también emprendimos y que es harto conocida, aspiramos a trazar la fisonomía de la sociedad contemporánea, el bosquejo animado del Madrid moral<sup>7</sup>.

La «otra obrilla» a la que se refiere el autor es *Panorama matritense*, obra que apareció editada entre los años 1833-1835. En el prólogo a la primera edición de esta obra Mesonero Romanos confiesa que en sus *Manuales de Madrid* había intentado pintar el Madrid físico, esto es, la anatomía de Madrid, y en *Panorama Matritense* se atrevió a pintar el Madrid moral, o sea, la fisiología de la ciudad.

<sup>7</sup> RAMÓN DE MESONERO ROMANOS, *Obras*, tomo III, Biblioteca de Autores Españoles, Atlas, Madrid, 1967, p. 147.

La descripción de la parte material o física de Madrid es, pues, la que está expuesta en los *Manuales de Madrid*. Esta descripción es completada, en su vertiente histórica, por la obra, de 1861, *El antiguo Madrid*, y en su vertiente técnica y administrativa, por el opúsculo *Rápida ojeada sobre el estado de la Capital y los medios de mejorarla*, de 1835; por el *Proyecto de mejoras generales de Madrid*, de 1846; por la *Memoria explicativa del plano de reformas*, de 1849, y por el *Proyecto de ordenanzas municipales de Madrid*, de 1846. Este proyecto incluía la Ordenanza de Construcción y Alineación, la Ordenanza de Policía urbana y rural y el Reglamento interior del Ayuntamiento y sus dependencias.

Paralelamente, la pintura del aspecto moral de Madrid, esto es, de su espíritu o alma exteriorizada en el comportamiento de los madrileños y en la vida de la ciudad, es la que constituye el contenido de sus escritos costumbristas. Estos escritos pueden reducirse fundamentalmente a tres obras que corresponden a tres etapas de la vida del escritor madrileñista. La primera etapa está representada por la obra, ya citada, *Panorama Matritense*, escrita entre 1832 y 1835; la segunda por *Escenas Matritenses*, iniciada en 1836 y terminada en 1842; y la tercera corresponde a *Tipos y caracteres*, publicada en 1862<sup>8</sup>.

Concebida la ciudad, pues, como un organismo vivo, compuesta de alma —lo moral— y de cuerpo —lo físico—, Mesonero Romanos pretende captar la fisonomía de la ciudad, pero solo la pinta en sus aspectos externos y superficiales y por sus elementos más pintorescos, típicos y castizos, pero sin entrar en lo más profundo y problemático de la gran ciudad ni tocar aspectos sociales de importancia. Efectivamente, Mesonero Romanos pinta —describe y narra— la ciudad, con abundante y minuciosos datos de sus aspectos físicos y costumbristas. Y en este hecho reside el mayor valor de las obras de Mesonero Romanos, a saber: en el suministro de valiosos materiales para poder después escribir Madrid. Pero él no llegó a captar Madrid en su unidad esencial ni en su totalidad ni llegó a escribir la ciudad más que en las formas y aspectos citados. Pero el valor informativo de sus obras, concretado en el suministro de esos datos de la anatomía y de la fisiología madrileñas, resultó imprescindible para que Benito Pérez Galdós pudiera escribir la capital en sus novelas y episodios y dejarla plasmada literariamente de una vez para siempre como hizo Dickens con Londres y Balzac con París. Y así lo atestigua la historia y ha quedado consagrado en la opinión pública general, erudita y popular.

---

<sup>8</sup> EVARISTO CORREA CALDERÓN, *El escritor costumbrista*, Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid, año XVII, enero de 1948, n.º 56, pp. 19-32.

No obstante, según la opinión del hispanista americano, el profesor de la Universidad de Florida, Edward Baker, gracias a Mesonero Romanos la capital pudo ser novelable

porque fue Mesonero Romanos el primer escritor de España contemporánea que planteó con un cierto grado de coherencia la tarea de abordar y codificar globalmente el espacio de su propia existencia individual y colectiva, el único que una nueva burguesía liberalizante podría aspirar a dominar —el espacio urbano concebido no ya como corte de una monarquía señorial, sino como capital de una formación nacional<sup>9</sup>.

Ese espacio urbano de Madrid, al que se refiere el autor, es el espacio cuyo diseño inicial está dado en el primer *Manual de Madrid*, de 1831, y complementado por los cuadros de costumbres de *Panorama Matritense*, cuyos primeros artículos aparecieron en los años 1832 y 1833. Por tanto, ambas obras son de la misma época, la de los últimos años de la monarquía absoluta de Fernando VII, esto es, los de la primera pre transición de la Historia de España. Las sucesivas reediciones de los Manuales y sus Apéndices, y la *Rápida ojeada sobre el estado de la capital* ya caen dentro de la primera transición española, pues aparecen después de la muerte del monarca Fernando VII, en 1833, así como también la continuación de *Panorama Matritense* con *Escenas Matritenses* y con *Tipos y caracteres*. Todas las series de cuadros, escenas, tipos y caracteres de estas últimas obras componen un verdadero museo de costumbres madrileñas, auténtico núcleo originario de lo que se ha venido llamando Costumbrismo madrileño o Madrileñismo casticista, cuyo más neto creador, para bien o para mal, es, lógicamente, Mesonero Romanos.

Resulta problemático pretender establecer, ya de principio, una relación de complementariedad entre el costumbrismo madrileño y madrileñista de Mesonero Romanos, tal como aparece expuesto en sus obras costumbristas, y el costumbrismo, en principio presunto, de Mariano José de Larra en sus artículos periodísticos. Pero sí se puede intentar establecer una relación de complementariedad entre los escritos no costumbristas de Mesonero Romanos y los citados artículos de Larra, ya que el contenido de aquéllos nada tiene que ver con el de estos artículos. Ya lo hemos anunciado. Las obras no costumbristas de Mesonero Romanos son los diversos *Manuales de Madrid*, con sus Apéndices, la *Rápida ojeada sobre el estado de la Capital*, el *Antiguo Madrid*, los planes y proyectos de reformas y de mejoras de la capital y los Proyectos de Ordenanzas Municipales. Los *Manuales de Madrid* y su complemento histórico, el *Antiguo Madrid*, son, en principio,

<sup>9</sup> EDWARD BAKER, *Materiales para escribir Madrid, literatura y espacio urbano de Moratín a Galdós*, Siglo XXI, Madrid, 1991, pp. 55-56.

obras históricas y las más cercanas a lo literario. Las otras obras tienen un carácter puntual, técnico, administrativo y jurídico. Esta es la causa por la que me voy a fijar especialmente en los *Manuales de Madrid*, que son las obras más literarias de Mesonero Romanos.

Realmente ha sido el citado profesor Edward Baker quien ha estudiado, de una forma original y sugerente, el significado y el valor de los *Manuales de Madrid*, editados, en sus cuatro ediciones, entre los años 1831, el primero, y 1854, el último. En esta serie de *Manuales*, corregidos y aumentados con Apéndices en las sucesivas reediciones, Mesonero describe el Madrid físico, esto es, el estado material de la ciudad, sus infraestructuras urbanas y de servicios, sus instituciones y establecimientos, sus monumentos, etc. De manera que lo que en principio parecían meras guías de la ciudad, al fin y a la postre son «un breviario de historia... y un repertorio monumental». Se trata de unas guías modernas que tienen en su autor al inventor «de un género inconfundiblemente moderno» en expresión de Edward Baker, ya que

parten del supuesto de que la ciudad es, además de un centro de poder burocrático, un objeto de conocimiento a la vez que de delectación. De ahí que tengan no solamente usuarios, sino lectores, sean éstos forasteros o naturales de la ciudad. El entramado urbano tiende a convertirse para ellos en monumento, y la guía, por su parte, se asimila a los libros de viajes<sup>10</sup>.

En consecuencia, pues, a los *Manuales de Madrid* de Mesonero Romanos se les puede considerar como ilustrados libros de viajes urbanos, que sirven muy bien para promocionar la ciudad con una información de primera mano y minuciosa de su presente y de su pasado, no exento de cierto valor literario.

El valor, pues, de los *Manuales de Madrid*, como moderno género literario, reside en la perspectiva desde la que están hechos y en el momento histórico en el que se publicó el primer *Manual*, el de 1831. En ese momento todavía vivía el último monarca absoluto, pues murió en 1833 y, por tanto, todavía no se había iniciado la transición del antiguo régimen, el absolutismo, al nuevo régimen, el pre-liberalismo. Y, en segundo lugar, la realización de los *Manuales* se hace desde la iniciativa privada, desde abajo y desde dentro de la ciudad, es decir, desde su infraestructura urbana. Y la perspectiva que adoptó el autor, ya en el primer *Manual* de 1831 —y que será la de los demás *Manuales*, una vez realizada la transición al Estado liberal—, es la perspectiva de la sociedad civil. Ello quiere decir que esta perspectiva no es

---

<sup>10</sup> *Op. cit.*, p. 57.

ni del Estado ni de la Iglesia, ni de ninguna otra institución dirigente del tardo absolutismo. Porque la guía [el Manual] es un reconocimiento, modesto, implícito, acaso sin importancia y, obviamente, sin consecuencias políticas, más perfectamente real, de que las grandes instituciones y los aparatos ideológicos dominantes no ejercen un monopolio discursivo a la hora de abordar el tema urbano; reconocimiento de que, si en 1831, las instituciones se inscriben en el conjunto de significaciones y funciones —o disfunciones— del ya último antiguo régimen, la sociedad civil, o al menos un sector de la misma, no<sup>11</sup>.

Este trabajo es realizado por Mesonero Romanos desde una ideología concreta e identificable, la del moderantismo político, la del conformismo burgués y la del máximo respeto a las instituciones, incluida la institución real, pero ya polarizado hacia la naciente sociedad del nuevo régimen liberal. Y, todo ello, sin olvidar los altos designios que tenía Mesonero para su amada ciudad-capital, a la que otorgaba el alto significado nacional de ser centro, faro, espejo de España.

Así pues, la utilidad de los Manuales iba más allá de lo estrictamente informativo o de ayuda a los forasteros para que pudieran orientarse en sus gestiones en la Corte, o simplemente en la ciudad, ya que

en un momento de verdadera explosión demográfica, [los Manuales] ponían al alcance, lo mismo de los forasteros que de los propios madrileños, no ya la capital de una monarquía absoluta, sino el espacio nuclear de la nación. El libro de Mesonero resulta, por tanto, especialmente oportuno como anticipo de la empresa político-cultural más duradera de la burguesía liberal y centralista: la nacionalización de la cultura<sup>12</sup>.

Efectivamente, parece ser que en la mente de Mesonero Romanos anidó siempre la idea de hacer de Madrid el centro de poder político, económico y cultural de la nación a la medida y a imagen de una clase media burguesa que empezaba a despuntar en la España liberal, cuyas dimensiones, según Mesonero, tenían que tener como referente el meridiano madrileño.

Justamente en enero del año de 1835, Mesonero Romanos publica una obra, diferente a los *Manuales de Madrid* y a las obras costumbristas. Se trata de un texto corto que, en la producción del autor, pudiera encuadrarse en una especie de literatura urbanística. Su título es *Rápida ojeada sobre el estado de la Capital y los medios de mejorarla*. En este texto el autor propo-

<sup>11</sup> *Op. cit.*, p. 60.

<sup>12</sup> *Op. cit.*, p. 61.

<sup>13</sup> RAMÓN DE MESONERO ROMANOS, *Rápida ojeada sobre el estado de la capital*, Cidur, Madrid, 1989, p. 10.

ne un plan de medidas para mejorar Madrid con las que se podrían vencer o modificar las causas que lo impedían. Estas causas eran, según él, físicas, políticas y morales o derivadas de las leyes y las costumbres.

Las primeras —dice el autor— intento reducirlas a la salubridad, comodidad y ornato de la capital; las segundas a la seguridad, vigilancia y beneficencia, y las últimas al estímulo del trabajo, instrucción y el recreo de sus habitantes<sup>13</sup>.

Este texto es la respuesta de Mesonero Romanos a su estancia en París y Londres en sus dos largos viajes a Europa, el de 1833-1834 y el de 1840-1841.

No parece que estos viajes sirvieran al autor para europeizarse, sino más bien para españolizarse y madrileñizarse aún más, si cabe. Sus referencias a Madrid, cuando está visionando ávidamente París y Londres, son constantes; por lo que el conocimiento de estas dos ciudades-capitales sirvió a Mesonero para espolear más su madrileñismo en el sentido de afirmarse decididamente en elevar Madrid a una grande y moderna capital, y en acercarla al nivel de esas dos grandes y modernas capitales de Europa. Estas medidas teóricas se convertirán después en diversos proyectos y planes de reformas y de mejoras concretas que presentó al Ayuntamiento cuando era Alcalde-Corregidor el Marqués Viudo de Ponteijos y después, cuando Mesonero fue Concejal, con otros Alcaldes.

La última producción literaria de Mesonero Romanos fue la célebre obra que lleva por título *Memorias de un setentón natural y vecino de Madrid*, publicada en el año de 1880. Estas Memorias autobiográficas, en cambio, sólo llegan hasta 1850, siendo, en todo caso, un ameno y valioso arsenal de datos y sugerencias para los historiadores y para los interesados en los asuntos madrileños. Por estas razones, esta obra requeriría un mayor detenimiento en su estudio, hecho que no es posible contemplar en esta ocasión.

El tránsito del *Manual...* al *Panorama...*, esto es, de la pintura del Madrid físico a la del Madrid moral, se produce en un doble tracto. En el principio, el primer *Manual* de 1831, best-seller del momento, y el *Panorama* de 1832 se producen en tracto simultáneo, en los últimos años del Régimen absoluto. Con ello testifican, ya en el Antiguo Régimen, y al mismo tiempo, la presencia Madrid-ciudad considerada como espacio urbano y como crónica de la sociedad madrileña. El resto de los Manuales y sus Apéndices, *El Antiguo Madrid* y las *Escenas Matritenses* y *Tipos y Costumbres*, se producen en tracto sucesivo, a lo largo de los años, y ya en el nuevo Régimen Liberal. Con la publicación de ambos tipos de obras

<sup>14</sup> MARCOS SANZ AGÜERO, *Madrileño y burgués del XIX*, Mesonero, Estudio preliminar a la selección de *Escenas matritenses*, Busma, Madrid, 1984, p. 14.

Mesonero Romanos plasma, definitivamente, el madrileñismo y el costumbrismo madrileñista «como oficio y como encendida vocación irrenunciable». Estas connotaciones son las que distinguen, en opinión de M. Sanz Agüero, al simple madrileño del madrileñista, al entender el madrileñismo

como un oficio articulado desde una vocación, es la necesidad, primero, y la capacidad, después, para contar sus propios paseos y para describir sus sorpresas<sup>14</sup>.

Si a estas notas se añade que Mesonero Romanos era un plácido espectador de la ciudad y de la vida madrileña, un pintor leve y complaciente de Madrid de y sus costumbres y que, además de la vocación, tuvo el autor una verdadera devoción por Madrid, la cita sería, sin duda, más completa.

Ramón de Mesonero Romanos se afincó mentalmente en Madrid y apenas salió del ámbito de lo local madrileño cuando se empeñó en elevar el nivel de capitalidad de Madrid y en hacer de la capital —centro de poder político, económico y cultural— el espejo y la «maqueta» de las Españas. Se ancló, igualmente, en lo más definido del pueblo madrileño, esto es, en el majismo, en la manolería y en el casticismo, ingredientes esenciales típicos de lo mejor de los hijos de Madrid. Y se instaló en la clásica tradición de «alabanza de Madrid», esto es, en la tradición de la abundante literatura madrileñista del Siglo de Oro. Elijo, entre infinitas muestras, la que, venida del teatro popular de ese siglo, se ha perpetuado en la conciencia del pueblo como síntesis del madrileñísimo, cuando ese pueblo, un tanto chulescamente, la aduce como la esencial excelencia de Madrid. Se trata de la clásica socorrida cuarteta de la obra de Quiñones de Benavente, *Entremés y baile del invierno y verano*, que proclama:

Pues el invierno y verano  
en Madrid solo son buenos,  
desde la cuna a Madrid  
y desde Madrid al cielo.

O bien, este otro terceto de Alonso de Bonilla, que reza:

Madrid, congregación de paraísos,  
mapa de ciencias, jaspe de naciones,  
¿quién te deja y se va, si no es al cielo?

Más no se puede decir y más no se puede asumir. Madrid en esta tesitura ya no es una ciudad mundana. Es paradisíaca. No obstante hay que dejar

<sup>14</sup> Citado por M. SANZ AGÜERO, *op. cit.*, p. 9, tomado de *El observatorio de la Puerta del Sol, de Escenas matritenses*.

de lado esta imaginaria hipérbole y volver al mundo. Y quien nos devuelve al mundo es precisamente Mesonero Romanos, pero sin salirse de su mundanal hipérbole madrileñista-españolista, al afirmar festivamente:

Lo mejor del mundo es la Europa (¡cosa clara!), lo mejor de las naciones de la Europa es la España (¡quién lo duda!) y el mejor pueblo de España es Madrid (¿de veras?); el sitio más principal de Madrid es la Puerta del Sol... ergo la Puerta del Sol es el punto privilegiado del globo<sup>15</sup>.

Entre los numerosos intentos de sintetizar el costumbrismo de Mesonero Romanos y de abrir el campo al presunto costumbrismo de Larra aduciré uno que, en mi perspectiva, parece adecuarse bien al objeto de estas líneas. El texto es de Ricardo Senabre y dice así:

Mesonero pinta escenas y tipos tomados del «natural» (—) y hay en su contemplación cierta indisimulada complacencia, cierto regusto nostálgico ante un mundo y unas costumbres que se hallan en trance de desvanecerse. La mirada de Mesonero, como la de casi todos los escritores costumbristas es una mirada retrospectiva: registra lo que ve como residuo de lo que ya ha desaparecido, como testimonio de lo que perdura resistiéndose a la implacable erosión del tiempo. El punto de partida de Larra se encuentra a una distancia abismal<sup>16</sup>.

Efectivamente, la diferencia que separa a Larra de éste y de otros costumbristas coetáneos es esencial, según el autor. Pues los conceptos con que califica al costumbrismo de Mesonero Romanos, referidos especialmente a la pintura de escenas, tipos y costumbres, poco tienen que ver con los que define a continuación al presunto costumbrismo de Larra. Lo que en Mesonero es retrospección, nostalgia y complacencia es en Larra inconformismo, rebeldía y crítica. Realmente, Mesonero Romanos fue un semi-liberal tibio y un semi-ilustrado tardío, que, al parecer, no pudo liberarse de cierta nostalgia de un pasado «feliz» de los últimos años del absolutismo de Fernando VII. Sin embargo, en lo que respecta a su visión de la capitalidad de Madrid, como se ha apuntado, sí promovió, teórica y prácticamente, reformas y mejoras urbanísticas, administrativas, jurídicas y de servicios para modernizar la ciudad. En esta parcela, Mesonero sí fue un reformista, un reformista moderado pero, al fin y al cabo, un reformista.

Sin embargo, a pesar de este planteamiento reformista para mejorar las infraestructuras de Madrid y, precisamente, por causa de su costumbrismo madrileñista, nostálgico, simple y complaciente descrito, Mesonero Romanos ha sido señalado como uno de los culpables de una mistificada

<sup>16</sup> RICARDO SENABRE, *Los dos siglos de Larra*, El Cultural de El Mundo, 20-26 de marzo de 2009, p. 8.

<sup>17</sup> E. BAKER, *op. cit.*, p. XI.



y negativa mitificación de Madrid que, por ser la capital de España, es presentado como culpable de una parte importante de los males de la nación.

Llevado al extremo, Mesonero Romanos es el máximo exponente de un costumbrismo madrileñista rayano en lo que Edward Baker denomina «ternurismo madrileñista». Pues, según este profesor, los métodos costumbristas «se caracterizaban, en todo caso, por la acumulación

de un material anecdótico y pintoresco y un lenguaje que caía con excesiva frecuencia en el ternurismo madrileñista»<sup>17</sup>.

Todos estos extremos han abonado el camino para que algún tratadista, como el sociólogo Juan Salcedo, vea en Mesonero Romanos el culmen del costumbrismo madrileñista típico, que no pasa del examen superficial de la sociedad madrileña y que se despachaba con tópicos inoperantes y sensibleros, que pretendían definir, de una vez para siempre, el sentir y el pensar de Madrid. Pero lo que en realidad han ocasionado esos tópicos madrileñistas ha sido precisamente la deformación de ese pensar y de ese sentir madrileños. Veamos:

No comprendieron la realidad de Madrid otros escritores, que la ideología oficial de los últimos decenios pretendió presentar como la más acertada expresión del sentir madrileño. Así, ni el sin duda bien intencionado Ramón de Mesonero Romanos, ni el elegante conceptista Gómez de la Serna penetran en la realidad desgarrada ni en las profundas contradicciones de una gran ciudad a pesar suyo. De una parte, Mesonero es un representante de la tradición costumbrista en literatura que vivió en, por y para Madrid. Concejal, cronista, redactor de guías oficiales y cantor de sus supuestas bondades, puede ser considerado como el creador del culto a Madrid o «madrileñismo» Mesonero incorpora el término casticismo a su repertorio, y lo sesga de tal forma que lo hace irreconocible; de significar pureza de estilo en el lenguaje va a convertirse en sinónimo del lenguaje recortado de algunos barrios clásicos (Chamberí) en la mitología matritense elaborada por él. La pobreza de la visión de su propia sociedad «que, sin embargo, se ha hecho célebre» ha sido vista en función de su simplismo conceptual: «moralidad y casticismo» constituyeron las únicas categorías analíticas de Mesonero, y juntas con su nostalgia por el pasado, le condujeron a una visión de la realidad demasiado selectiva. En realidad, la visión de Mesonero del Madrid de 1850 responde a la ideología de una burguesía en auge muy ligada, bien a los intereses de la Administración Central o Local, bien a los especulativos derivados de la Desamortización<sup>18</sup>.

---

<sup>18</sup> JUAN SALCEDO, *La mitificación de Madrid*, Universidad y Sociedad, UNED, n.ºs 8-9, Madrid, 1984, p. 13.

## III. EL COSTUMBRISMO DOLIENTE DE MARIANO JOSÉ DE LARRA

Realmente, hay muy pocos artículos de Larra, entre los muchos que escribió, que se refieran específicamente y con algún detenimiento, a Madrid. Pues Larra, partiendo efectivamente de la observación de la sociedad madrileña, planteaba sus reflexiones, la mayoría de las veces, en un nivel distinto a lo local madrileño, ya que su crítica y su denuncia de comportamientos y conductas se efectuaba en unos ámbitos más generales, más profundos, más trascendentes. Esta, quizá, sea la principal causa de la permanente vigencia de Larra. De aquí que su costumbrismo no sea como el de sus contemporáneos, que se dedicaban generalmente a pintar los aspectos concretos de la sociedad madrileña, los más pintorescos, los más típicos, los más amables. Este es un tipo de costumbrismo que Larra rechazaba, ya que para él

las costumbres, acontecimientos y fenómenos no tienen interés en sí mismos, de ahí casi la total ausencia de descripciones pintorescas en su obra que ha de verse como la exposición de una realidad humana, histórica, social y psicológica mucho más profunda<sup>19</sup>.

Y si es problemático admitir un costumbrismo parecido al de los costumbristas madrileñistas de la época en Larra, el hecho de que su planteamiento costumbrista trascienda lo local, reduce lo madrileño neto a la condición de un reducto pequeño, disperso y parcial en el conjunto de su obra.

Mariano José de Larra entendió el cuadro de costumbres de una forma diferente al de estos costumbristas y lo expresó en un estilo propio, a veces divertido y a veces inmisericorde. También miró a Madrid, donde vivió, y a los madrileños, con los que convivió, con una mirada diferente, de la que extrajo conclusiones y actitudes distintas a las de los demás costumbristas. Estas conclusiones y, en general, las opiniones de Larra sobre Madrid no fueron de incondicional alabanza a la ciudad y de exaltación ciega de la misma como hacían los costumbristas madrileñistas. A Larra, Madrid y los madrileños no le satisfacían, o, al menos, no en la medida que a estos costumbristas. Pero Madrid es la sustancia y el sustento de su vida, ya que nace en Madrid y en Madrid vive y muere, se casa, tiene sus hijos, publica sus obras, estrena sus obras teatrales y desarrolla toda su labor periodística. Madrid, pues, le es necesaria para vivir y para escribir, aunque el oficio de escritor en Madrid sea deprimente. Así pues, de sus artículos que hacen mayor referencia a Madrid —alrededor de una veintena corta— se induce

---

<sup>19</sup> ANA ALONSO MOYA, «El Madrid de Larra y Mesonero Romanos», en MATILDE SAGARÓ Y FACI (dir.), *Biografía literaria de Madrid*, Ayuntamiento de Madrid, 1933, p. 141.

una impresión poco sustanciosa, poco favorable de la ciudad, por no decir rechazable, como en varias ocasiones expresó.

En esos artículos, Larra fijó la atención en deficiencias y defectos concretos de Madrid como la suciedad y la mendicidad de sus calles, el carácter zafio y huraño de los madrileños y su escasa sociabilidad, no saber divertirse, concluyendo que Madrid es una «sociedad de ociosos y habladores». Se pronuncia por algunas mejoras urbanas como las relativas al ocio y a la comodidad y saluda el mejoramiento de las calles y el ensanche de la ciudad con las nuevas edificaciones.

Pero Madrid se le hacía tan pequeño y su vida tan monótona que en todas las reuniones observa:

Las caras son las mismas; las casas son las diferentes; y por cierto que no vale la pena de variar de casa para no variar de gente.

Así lo expresa en el artículo titulado *La Sociedad*.

En varias ocasiones se quejó amargamente de un Madrid que le relegaba al ostracismo y le expulsaba, y llega a plantearse su propia viabilidad existencial en la Villa:

¿Qué hago en Madrid? —se lamenta en el artículo *Las antigüedades de Mérida*—... Todo es chico en Madrid: no quepo en el teatro; no quepo en el café; no quepo en los empleos; todo está lleno; todo obstruido, refugiado, escondido, empotrado en un rincón de la Revista Española... J'etouffe. ¡Fuera, pues, de Madrid!

En resumen, la vida en Madrid es, para Larra, tan llena de negaciones y tan «mala» y que si se es consciente de ella —concluye el artículo *La vida de Madrid*—, «es preciso cerrar el entendimiento a toda reflexión para desearla».

Pero, donde la visión de Madrid de Larra alcanza un cénit trágico es en el artículo *Día de difuntos de 1836*. Se trata de la visión más impresionante, más escatológica y más trascendente de cuantas Larra ha volcado sobre Madrid y sobre España:

El cementerio está dentro de Madrid. Madrid es el cementerio. Pero vasto cementerio, donde cada casa es el nicho de una familia, cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazón la urna cineraria de una esperanza o de un deseo. (...)

La calle de Postas, la calle de la Montera. Estos son sepulcros, son osarios, donde mezclados y revueltos, duermen el comercio, la industria, la buena fe, el negocio (...) Correos ¡aquí yace la subordinación militar! La Puerta del Sol, este no es sepulcro sino de mentiras.

La fantasmagórica visión del Madrid, como un vasto cementerio, adquiere su verdadera dimensión, es decir, su trascendencia, cuando se constata que en ese cementerio de Madrid yace el cadáver de la España. Pues en él están los mausoleos y monumentos de las más representativas instituciones nacionales, de sus glorias, valores y virtudes: el Real Palacio, el Trono, la Legitimidad, el Valor Castellano, el Salón de las Cortes, el Estamento de Próceres. Y estas otras que, por ir apostilladas por el autor, resultan de singular importancia:

- Aquí yace la Inquisición, hijo de la fe y del fanatismo; murió de vejez.
- ¡La cárcel! Aquí reposa la libertad de pensamiento. ¡Dios mío! En España, en el país ya educado para instituciones libres! Epitafio: Aquí el pensamiento reposa / en su vida hizo otra cosa.
- Dos ministerios: Aquí yace media España; murió de la otra media.
- La Bolsa. Aquí yace el crédito español.
- La Imprenta Nacional (...) sepulcro de la verdad. Única tumba de nuestro país donde a uso de Francia vienen los concurrentes a echar flores.
- La Victoria. Ésa yace para nosotros en toda España. ¡Este terreno la ha comprado a perpetuidad para su sepultura, la junta de enajenación de conventos.
- Aquí [en las Cortes] yace el Estatuto [Real] / vivió y murió en un minuto.

En mi opinión, el cuadro resultante del artículo viene a ser un tétrico universo imaginario, con cierto fundamento en la realidad; la eterna insatisfacción y el avanzado pesimismo del autor. En este universo, además de las ideas, juegan un papel muy importante los sentimientos y las imágenes. Pero todo ello está amasado en el ya deteriorado interior del escritor, hacia donde quiere huir para refugiarse. Su desesperación llega al último límite de su visión imaginaria, cuando, al final del artículo, el autor arriba a esta escatológica conclusión:

Quise salir violentamente del horrible cementerio. Quise refugiarme en mi propio corazón, lleno no ha mucho de vida, de ilusiones, de deseos.

¡Santo cielo! También otro cementerio. Mi corazón no es más que otro sepulcro. ¿Qué dice? Leamos. ¿Quién ha muerto en él? Espantoso letrado ¡Aquí yace la esperanza!

Y, en este artículo, por raro que resulte, parece que Larra echa en falta una instancia superior en esta extraña apelación —que parece dirigida a lo

---

<sup>20</sup> EDWARDS BAKER, *Materiales para escribir Madrid, literatura y espacio urbano de Moratín a Galdós*, Siglo XXI, Madrid, 1991, p. 51.

ultramundano—. «¡Y no hay un Ministerio que dirija las cosas del mundo, no hay una inteligencia provisoría, ¡inexplicable!».

Este pesimismo absoluto y definitivo es la causa de que, en este artículo, Larra no sólo anuncie el fin de sí mismo, esto es, el fracaso personal, sino también certifica la defeción de los partidos políticos y de los poderes e instituciones nacionales. Y, en este planteamiento, Larra, al contrario que en su artículo *Jardines Públicos*, «plantea Madrid no como Arcadia ni como utopía, sino como necrópolis del liberalismo español»<sup>20</sup>, del incipiente liberalismo en el que parece que Larra había puesto sus esperanzas, y del que terminó desilusionándose pronto en la vertiginosa cascada de decepciones, que ya le agobiaban y en la que acabaría ahogándose.

A pesar de las notas extraídas de esa corta veintena de artículos, a que he aludido anteriormente, y de algunas otras referencias esporádicas a Madrid, colgadas en otros artículos, la visión de Larra de Madrid es evidentemente reducida y coyuntural. No es el fruto de un análisis amplio y sistemático de la estructura urbana de Madrid, ni de la conducta moral de madrileños, ni de las particularidades de la vida de Madrid que, además de Villa y Corte, es capital de España. Ya se ha insinuado. A Larra no le gustaba Madrid, la ciudad como su gente y, por eso, se va a quejar siempre de su estrechez, de su atraso y de su fealdad material y espiritual. Pero Larra no va a promocionar tipo alguno de reformas que invitaran a mejorar la vida urbana de Madrid, a modernizar la ciudad, a semejanzas de las grandes capitales europeas. A Larra no le interesaba la capitalidad de Madrid como interesó a Mesonero Romanos. Pues Larra trasciende, en sus comentarios y críticas, la concreta vida local madrileña, ya que un manojito de sus mejores artículos se abren a otras dimensiones más amplias: la vida como tal, la vida nacional y la vida social, política y cultural, etc. Esto no quiere decir que algunos —muy pocos— de los artículos de Larra no sean plenamente madrileños como *Los jardines públicos*, *La fonda nueva* o *Las casas nuevas*, por ejemplo. Estos artículos fijan su atención directa en aspectos concretos de la vida ciudadana de Madrid, cuyas deficiencias ya han sido señaladas líneas atrás. Los «males» de Madrid y los defectos de los madrileños son evidentes y de ellos se duele Larra. Por eso son objeto de su crítica, de su ironía y de su sátira. Pero mayores y más graves son los «males» de España, de los que más se duele, y por eso son objeto de una crítica más dura y de una sátira más despiadada. Pero todo ello tiene un sentido y una finalidad, a saber: la posibilidad de que pudieran ser remediados, algún día, los «males» de Madrid y los males de España.

---

<sup>21</sup> ENRIQUE PASTOR MATEOS, *Larra y Madrid*, Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid, año XVIII, 1991, p. 51.

En un intento de precisar la visión que Larra nos dejó de Madrid, Enrique Pastor Mateos estima que dicha visión tiene, como características más notables, las siguientes:

Su interés ya por el momento que recoge y por los ambientes que retrata, ya por la maestría con que lo hace. Parcialidad por circunscribirse especialmente a una clase y dedicar especial interés a ciertas materias; además ingenuidad, una dosis extraordinaria de ingenuidad, que se traduce en críticas despiadadas y diatribas interminables, alternando con trozos vulgares, dedicados a descripciones sin interés y a reflexiones sin novedad. [A pesar de esta ingenuidad y de la parcialidad] la imagen que Larra nos ofrece de Madrid es la más valiosa y la más utilizable. (...) Y convengamos en que del madrileñismo de Larra, aunque reconociendo en él características especiales, no se puede dudar<sup>21</sup>.

Algunas precisiones habría que hacer a algunas de estas afirmaciones como la de que la imagen que nos deja Larra de Madrid es «la más valiosa y la más utilizable» y la de que no se puede dudar del su madrileñismo. Realmente, Larra era madrileño por sus muchas connotaciones referidas líneas atrás, pero no era madrileñista en el aspecto, sentido, alcance y significado de los costumbristas típicos, quizá porque tampoco era un costumbrista como éstos. Lo precisa el mismo Pastor Mateos en unas líneas anteriores de su artículo:

Larra, a pesar de todo, no es un escritor costumbrista y mucho menos madrileñista. La forma en que Larra cultiva el artículo de costumbres no es, ni mucho menos, la forma típica.

(...)

Hay en sus palabras algo de universal e imperecedero. Los caracteres descritos por Larra son válidos para todas las épocas. [porque prescinde de los detalles concretos y solo ha querido retener lo que hay en ellos de humano y social]

(...) Larra no simpatiza con lo que ve ni con lo que describe. (...)

A Larra no le interesa para nada perpetuar [conservar como típicos y castizos] los usos y costumbres de su tierra, llevar a los demás —nacionales y extranjeros— el color vivo y exacto de la sociedad española.

Al hablar de costumbrismo en Larra tenemos que reconocer que su costumbrismo es especial y, en cierto modo, impropio. Más que costumbrista es un crítico [compulsivo que ha sabido] unir la exactitud con la crítica más depurada llevada a los últimos extremos (...) Quizá sea ésta la cualidad más acusadamente madrileña de sus escritos<sup>22</sup>.

<sup>22</sup> E. PASTOR MATEOS, *op. cit.*, pp. 313-315.

Y si el costumbrismo de Larra es, como mucho, especial y, en cierto modo, impropio, parece lógico que el mismo Pastor Mateos diga del madrileñismo de Larra más de lo que dijo de su costumbrismo, es decir, «que nada más lejos de Fígaro que el concepto que actualmente tenemos del madrileñismo». Larra no es, pues, un madrileñista típico y tópico, ya que el hecho de que Madrid sea la ciudad de su vida y de su obra, no es suficiente para asegurárselo. Pues Larra aprehendió, en toda su amplitud, la ciudad de Madrid de manera distinta y con fines distintos a los de los madrileñistas. Y así termina concediéndolo el propio Pastor Mateos:

Larra escoge a Madrid como escenario de sus composiciones por motivos de índole diversa. Por una parte, es Madrid la ciudad más representativa de España, ciudad donde se desarrollan las virtudes y los vicios de los españoles, del mismo modo que en ella confluyen sus energías y realizan sus empresas. Es además Madrid la ciudad de España en donde la lucha entre lo antiguo y lo moderno, lo viejo y lo nuevo se da de manera más determinada y clara, sobre todo, en una época [la de la transición de 1833] (...) en que van congregándose en la capital de la nación los nuevos valores, sobre todo aquellos que habían de ser propugnadores principales de la gran reforma de las costumbres de nuestra patria.

«Pero a pesar de sus viajes» siempre será Madrid el mundo entero para Fígaro<sup>23</sup>.

Es más, al madrileño Larra le faltaban los ingredientes más básicos del madrileñismo típico, el que terminó acreditándose como tal hasta la actualidad. Le faltaba:

- La erudición madrileñista: el conocimiento de antiguos textos de autores madrileños, de los que se valía Mesonero Romanos para hacer sus obras históricas y sus Manuales de Madrid.
- Hacer ciertas concesiones a determinados tópicos que, años más tarde, imprimirían carácter en el pueblo madrileño, quedándose como castizos y casticistas y siendo los definidores del Madrid más esencial.
- La preocupación por el futuro urbano de Madrid. A Larra le preocupa más el futuro de España y los grandes problemas culturales, sociales y políticos de la nación.
- Dedicar su atención a Madrid en cuanto ciudad y, sobre todo, nunca tuvo devoción incondicional, ni vocación especial por lo madrileño.

<sup>23</sup> *Op. cit.*, pp. 317-318.

<sup>24</sup> *Op. cit.*, p. 318.

Por todo ello, concluye Pastor Mateos que el madrileñismo de Larra

no es un madrileñismo consecuente y reflejo, sino espontáneo y directo. Es madrileño por naturaleza y por ambiente, pero nunca lo es porque Madrid sea el tema escogido en sus artículos ni porque él pretenda presentarse como madrileño en ellos [ni porque tampoco él llegue a considerarse como madrileñista]<sup>24</sup>.

Pero Larra necesitaba de Madrid para vivir, para conocer España y para escribir sobre una y sobre otra. Desde luego Madrid no era para Larra un paraíso como lo era para los costumbristas madrileñistas típicos, que hacían profesión de fe en la tradición literaria del Siglo de Oro y que adoptaron el aforismo clásico, eternizándole, «desde la cuna a Madrid y desde Madrid al cielo».

Pero Madrid tampoco era para Larra un infierno como parece lo fue para algunos escritores, libretistas y dramaturgos de finales del siglo XIX. Y en este aspecto, buscando, por encima de Cadalso, Quevedo y Cervantes, un ascendiente en la tradición literaria española, que acreditara un cierto madrileñismo, de otro cuño, en Larra lo podríamos encontrar en la siguiente estrofa, en principio anónima:

De Madrid al cielo / porque es notorio  
Que va al cielo quien sale / del purgatorio

Así pues, Madrid, lo mismo que España, no era ni un paraíso ni un infierno. Era simplemente un purgatorio. Esto es lo que podría ser para Larra Madrid a la que, al igual que a España, habría que purgar de sus muchos vicios, errores y defectos.

No sabemos quién es el autor de esa estrofa, pues el escritor que la aporta, Luis Martínez Kleiser, un madrileñista típico, no lo dice, pero lo afilia a cierto ingenio que, llevado por el espíritu burlesco del pueblo madrileño, disparó esos versos satíricos contra Madrid<sup>25</sup>. Pues no lo da importancia ni trascendencia alguna.

Si Larra, como se ha expuesto anteriormente, no es un escritor costumbrista típico ni madrileñista típico, ¿qué tipo de escritor es y qué actitud adoptó ante la vida madrileña, de la que, se supone, tomó los materiales de sus artículos? En principio, podría decirse que el costumbrismo de Larra no es realista, sino imaginario y conceptual, pues crea *ex novo* tipos y situaciones, esto es, entes de ficción. Por ello, puede considerársele como una excepción al costumbrismo madrileñista típico. Pues los cuadros, que

<sup>25</sup> LUIS MARTÍNEZ KLEISER, *De Madrid al cielo*, Voluntad, Madrid, 1925, p. 43.

<sup>26</sup> EVARISTO CORREA CALDERÓN, *El escritor costumbrista*, Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid, año XVII, enero 1948, n.º 56, p. 3.



construye Larra, son universos imaginarios con ciertas dosis de universos conceptuales, en los que obran, como mecanismos de deformación y de distanciamiento, la sátira, la ironía, el sarcasmo, la caricatura, los pseudónimos, etc. Larra implica estos mecanismos, como coadyuvantes, en el perfeccionamiento humano y en las reformas sociales. Así señala Correa Calderón esta apuesta:

Larra puede ser una excepción: pero su sátira, su buida [*sic*] ironía, más que en amargura y resentimiento de su espíritu, podría hacer pensar en generoso afán de perfeccionar las gentes, en alta entrega a un ideal reformador<sup>26</sup>.

Dentro de esta concepción las personas a las que satiriza no son concretas, sino tipos genéricos, personajes imaginarios, entes de ficción, con algún fundamento en la realidad, por supuesto. Así lo afirma el propio Larra en su artículo *Dos Palabras*: «Sólo protestamos que nuestra sátira no será nunca personal, al paso que consideramos la sátira de los vicios, de las ridiculeces y de las cosas útil, necesaria, y sobre todo muy divertida».

Así pues, en la utilidad y en la necesidad de la sátira encontrarían su justificación los propósitos reformadores de conductas de Larra. Y en estos propósitos anidaría también el idealismo y el utopismo del propio *Fígaro*. Ambas notas pueden muy bien ser los frutos de su ingenuidad que, como característica de su visión de Madrid, fue aducida por Pastor Mateos anteriormente.

Generalmente —ya se ha apuntado— Larra no simpatizaba con lo que veía y con lo que describía, pero, en algunos casos, sí se complace en describir lo que ve. Y en estos casos, el «costumbrista» Larra pinta tipos y costumbres, pero lo hace un poco de memoria, «deformando el modelo», al que desfigura deliberadamente, ya que lo que verdaderamente le interesa es

dar categoría literaria a lo vulgar embelleciendo un poco lo típico y plebeyo, que no siempre posee donaire y color; hallar el punto flaco de las cosas para ponerlo en evidencia y lograr su perfección; destacar los defectos del individuo o de la muchedumbre, para anularlos o suavizarlos con el suave correctivo del ridículo; desterrar los usos anacrónicos o importados, incompatibles con el justo medio, con lo normal, a base de comicidad caústica<sup>27</sup>.

En algunas de estas notas y en la preocupación por España coincide Larra con los costumbristas coetáneos, aunque los trasciende en muchos aspectos, al dejar entrever, a través de su acre humorismo, una cierta melan-

<sup>27</sup> E. CORREA CALDERÓN, *op. cit.*, p. 9.

<sup>28</sup> *Op. cit.*, pp. 26-27.

colía y sarcasmo y al refugiarse en sus antiguos hábitos de reírse de todo «para no tener que llorar por todo».

Y, en efecto, el ingenio y el arte de Larra logran, en determinados cuadros —los de sus mejores artículos—, dar elevación general o universal a lo local, dar categoría artística a lo trivial o cotidiano. Y esto lo hace distanciándose de lo concreto, de lo vulgar, de lo local. En estas operaciones se vale generalmente de los mecanismos de deformación y de distanciamiento ya reseñados.

Sobre la base de estas consideraciones, se puede concluir con Correa Calderón:

La sátira de Fígaro es inimitable, porque Larra, escritor de genio, que ennoblece los asuntos más triviales o momentáneos, la entrevera de ideas profundas, y así sus seguidores le imitan en lo que puede tener de ingenioso o apasionado, pero no alcanzan a seguirle en sus evasiones hacia lo trascendente<sup>28</sup>.

Dicho ennoblecimiento implica realzar, idealizar esos asuntos, siendo el resultado de una creación imaginaria, de una pintura libre y creadora de los mismos, no de un simple retrato. Esta operación constituye, sin duda, el principio operativo del universo imaginario o de ficción que es lo que, en mi opinión, mejor define la mayoría de los cuadros diseñados por Larra en sus mejores artículos. Por otra parte, la inoculación de ideas «profundas» en sus sátiras es la causa de que esos universos imaginarios se ven enriquecidos por los elementos propios de los universos conceptuales. De esta forma, los cuadros de los artículos de Larra que son, sobre todo, universos imaginarios, es decir, literatura y arte, se ven enriquecidos a su vez con teorizaciones, conceptos e ideas, es decir, con pensamiento. De esta manera, estos universos imaginarios y conceptuales devienen en una unidad híbrida, definida por connotaciones literarias y artísticas y también por connotaciones filosóficas, sociológicas y antropológicas, etc. Pues en Larra-escritor es claro que los universos imaginarios puros son sus creaciones literarias, es decir, sus obras de teatro y sus novelas. Los universos conceptuales puros serían los tratados filosóficos, que Larra no hizo en modo alguno.

Por otra parte, estos universos mixtos resultan, a veces, un poco secos, pero son exactos y minuciosos, como si fueran organigramas del mundo, de la vida o de la sociedad. Más aún, estos universos, al intentar dejar al descubierto el corazón y la mente de la sociedades, podría decirse que son como electrocardiogramas y encefalogramas, escuetos y de alta fidelidad de esas sociedades enfermas, ya sea madrileña, española o universal, respecto de las cuales Larra vendría a ser como un médico de urgencia, que descubre los males, los diagnostica, pero no tiene, en sus manos, los remedios para curarlos.

La utilización, por parte de Larra, de mecanismos de distanciamiento en muchos de sus artículos periodísticos es evidente. El principal de ellos, como se ha indicado, es la sátira y, a su lado, la ironía, la caricatura, el uso de pseudónimos, el ficticio amigo, nacional o extranjero que le enseña su patria, y el uso de un, no menos ficticio, género epistolar y, por supuesto, la apelación a regiones o países imaginarios que les sirven para hacer extrapolaciones significativas. Por estos procedimientos se operan en su obra evasiones intencionadas, que van desde lo real, lo cotidiano, lo particular y lo inmanente hasta lo virtual, lo general, lo universal y lo trascendente. Todos estos tipos de «evasiones» tienen, de uno u otro modo y medida, su anclaje concreto en lo local —madrileño—, asentamiento desde el que eleva sus observaciones y reflexiones para aplicarlas a lo español o lo universal. El distanciamiento y las evasiones citadas vienen a ser la causa de una especie de centrifugación de lo presente local hacia lo futuro nacional o universal y de una cierta deslocalización de lo madrileño hacia España, hacia la sociedad humana y hacia la naturaleza.

Este distanciamiento del concreto espacio madrileño, en mi parecer, tiene su correspondencia en la vida del escritor. Esta presunta adecuación *mentis et rei*, de lo pensado por Larra y de lo real observado por él, de lo escrito y de lo vivido, nos lleva a la, también presunta, conclusión de que en la existencia vital de Larra se daba una especie de desarraigo de la sociedad en que vivió y de destierro interior. En esta consideración tiene plena validez, a mi entender, el que José Bergamín definiera a Larra como un «peregrino en su patria». Ya se ha dicho que la pequeña patria de Larra no podía ser otra, en principio, más que Madrid. El resto de España lo conocía poco. Por ello en Larra, Madrid no era solo Madrid. Madrid era también España, era el mundo, la sociedad universal, el universo.

En esta perspectiva, Madrid, como tal, es para Larra no sólo un recurso para vivir, sino también la sustancia para sentir, pensar y escribir, a pesar de que la Ciudad no tuviera para él el mínimo de habitabilidad y de atractivo de vida. Pero su curiosidad y su oficio hacen que Larra no sólo viva en Madrid, sino a pesar de Madrid, por cuyas calles no tiene más remedio que deambular en busca de su trabajo, esto es, de los materiales para sus artículos. Esta situación le produce, en la interpretación del hispanista americano Edward Baker, una tensión entre su casa, de la que tiene que salir; y la calle que le produce desazón; una tensión, en definitiva, entre su vida privada y su vida pública. De manera que, en palabras de Baker, Larra

anda por la calle como si fuera un interior doméstico, (...) comete el error de andar por las calles de Madrid como si estuviera en su casa, haciendo en público lo que debiera hacer en privado: un soliloquio (...) es el solitario que

---

<sup>29</sup> E. BAKER, *op. cit.*, pp. 31-32.

quisiera pasar inadvertido y cuya presencia llama la atención por espiritualmente ausente. La distracción le hunde (...) Para Larra, el anonimato es fundamental a la hora de ponerse a trabajar porque necesita confundirse con la muchedumbre, a la vez que la contempla desde fuera (...) El escritor, en lugar de ver la calle, es visto por ella<sup>29</sup>.

Esta curiosa interpretación ratifica la existencia de una especie de autismo existencial de Larra, intelectualmente distanciado de lo que le rodeaba, de un Larra siempre presente y siempre ausente del mundo, de la vida, de sí mismo.

Y yo creo que la citada adecuación entre la vida y la obra de Larra es de una coherencia clara desde el punto de vista en que estamos. Pues el ensimismamiento, el extrañamiento y ciertas dosis de desafecto vital del escritor trascienden a su obra, en la que el uso casi sistemático de los mecanismos de distanciamiento han de ser tenidos siempre en cuenta para la mejor comprensión de la misma.

La correspondencia entre la dificultosa vida del escritor y su obra ha sido puesta de manifiesto por muchos tratadistas. Por ejemplo, el hispanista inglés J. B. Trend la expresa en estos términos:

Así la obra de Larra es el monólogo de un hombre que duda, el soliloquio de quien es incapaz de comprender, de aceptar a ciegas el prosaico mundo ordinario con el que tiene que luchar. Era un monólogo —decía— melancólico y sin esperanza: «No se puede escribir ni siquiera para el propio público, ¿quién hay en él capaz de escuchar?»<sup>30</sup>.

En resumen, puede constatarse, sin esfuerzo, la existencia del recurso de distanciamiento en una parte de la obra periodística de Larra. Veamos dos ejemplos. En uno Larra utiliza, como nota de identidad y camino de objetividad, uno de los elementos más simples del mecanismo de distanciamiento: el del ficticio amigo espectador. Así lo describe J. Cano Ballesta:

Parte de un espectador distanciado, quien desde un rincón o escondite «o disfraz» y, por el placer de divertirse, observa el comportamiento humano. (...) Esencial aquí es la no participación en el grupo, la observación distanciada (...) Como manera de sugerir una cierta objetividad en los juicios<sup>31</sup>.

<sup>30</sup> J. B. TREND, *La civilización de España*, Losada, Buenos Aires, 1955, p. 154.

<sup>31</sup> J. CANO BALLESTA, *Estudio preliminar a Larra*, MARIANO JOSÉ DE LARRA, *Artículos sociales, políticos y de crítica literaria*, Alhambra, Madrid, 1982, p. 55.

<sup>32</sup> J. CANO BALLESTA, *op. cit.*, pp. 62-63.

<sup>33</sup> MARIANO BAQUERO GOYANES, *Perspectivismo y contraste*, Gredos, Madrid, 1963, p. 32.

Como segunda nota identificativa, señala el tratadista la existencia de un perspectivismo relativizador en la descripción de las costumbres, a las que despoja de su condición de norma absoluta de comportamiento y las «hace vulnerables a la crítica y al cambio»<sup>32</sup>.

Realmente ha sido el crítico M. Vaquero Goyanes quien ha profundizado en este aspecto del perspectivismo de Larra como mecanismo de distanciamiento que posibilita la penetración en el interior del comportamiento humano. Veamos:

Larra se disfraza de extranjero, adhiere fugazmente a su personalidad la de un individuo no español, para, con esa imaginada transformación, con ese desdoblamiento, poder romper la corteza del hábito y descubrir la verdadera faz de la costumbre (...) al contemplarla desde una perspectiva no española, en cuanto a la sinceridad de la observación; española, angustiosamente española en cuanto al tono doliente de la crítica, el amargo humorismo<sup>33</sup>.

Este distanciamiento practicado por Larra en sus artículos, ya sea como método para lograr objetividad o como recurso literario, se corresponde, como ya he dicho, con su propio extrañamiento vital, sintetizado por Carlos Seco Serrano en esta aforismática sentencia:

Por eso Larra es un perpetuo extraño: un extraño a su propia generación; un extraño a la sociedad en que vive; un extraño al país en el que ha nacido<sup>34</sup>.

Y en esta tesitura es en la que hay que leer el cuaderno de bitácora de Larra como hombre y como escritor, y así podremos entender su soledad intelectual, la soledad del «el diálogo solitario» o del «el monólogo melancólico y sin esperanza». Y concluye Seco Serrano:

Difícil, dolorosamente difícil, es esta situación: la del que no se identifica con nadie porque no puede estacionarse en el anquilosado permanecer de unos, en acompañar a otros hasta sus repudios, demasiado ciegos para ser eficaces o para ser auténticos. (...) Y entendemos que decir equilibrio en esta extremosa España vale tanto como decir soledad<sup>35</sup>.

Así fue, pues, ese problemático costumbrismo de Larra, quejumbroso y doliente, en el que la sátira, la ironía, el sarcasmo y la caricatura no eran sino recursos para expresar y formalizar agudamente su preocupa-

<sup>34</sup> CARLOS SECO SERRANO, *Sociedad, literatura y política en la España del siglo XIX*, Guadalupe de Publicaciones, Madrid, 1973, p. 58.

<sup>35</sup> C. SECO SERRANO, *op. cit.*, p. 59.

<sup>36</sup> JORGE CAMPOS y MARIANO JOSÉ DE LARRA, *Artículos políticos (Antología)*, Taurus, Madrid, 1975, p. 12.

ción por los males de la existencia humana. Y nada mejor para captarlos en su objetividad que distanciándose en su aprehensión intelectual. La dolorosa comprensión de los males de la sociedad fue su esencial ocupación intelectual que es vista así por algunos tratadistas como Jorge Campos, por ejemplo:

Cuando describe [Larra] no se orienta hacia la contemplación divertida, como en Mesonero Romanos, o el goce en el esteticismo de la expresión, como en Estébanez, sino que saca a la luz vetas de tristeza y amargura, al descubrir que lo que nos choca y aún hace reír en algún caso es siempre el resultado de la ignorancia, del atraso, de la falta de educación y de cultura<sup>36</sup>.

Además, en los artículos más presuntamente costumbristas de Larra siempre se puede rastrear alguna preocupación por los remedios de esos males universales. Esta preocupación, expuesta muchas veces en forma imprecisa y dispersa, supone una actitud moral en el autor que es detectada por J. Luis Aranguren en esta aseveración:

No podemos seguir estudiando a Larra, cuya intención va siempre mucho más allá del alicorto costumbrismo y expresa una auténtica actitud moral, no sólo en sus artículos de costumbres y políticos, sino también (...) en los de crítica teatral literaria. Por otra parte, y aun cuando siempre se adelanta a su tiempo, no pertenece a la época moderna<sup>37</sup>.

Se ha dicho, líneas atrás, que Mariano José de Larra no fue un escritor costumbrista como sus contemporáneos, los típicos costumbristas románticos. Fue, como mucho, un costumbrista especial, exclusivo y diferente. Tampoco fue —ya ha quedado dicho también— un madrileñista como esos otros costumbristas que se complacían en la contemplación complaciente y en el sumo amor a su ciudad. Por ello, su visión de la sociedad, sea la madrileña, la española o la universal, tenía que ser distinta a la de los costumbristas. Así lo ve, entre otros, el profesor José Luis Varela:

Parece más adecuado [...] pensar que aquel satírico incisivo tuvo una visión menos superficial y aparential-engañososa de la misma sociedad que reflejaban otros costumbristas contemporáneos.

Pues Larra fija su atención preferente en algo más profundo y universal como los vicios, los defectos, los errores y los intereses humanos, que

---

<sup>37</sup> JOSÉ LUIS ARANGUREN, *Moral y sociedad. Introducción a la moral social española del siglo XIX*, Ed. Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1974, p. 124.

<sup>38</sup> JOSÉ LUIS VARELA, *Larra y España*, Espasa Calpe, Madrid, 1983, p. 13.

son siempre y en todo lugar parecidos en su esencia. De forma que —añade Varela— Larra

a su ahondamiento político del costumbrismo romántico agrega un testimonio radical y original, con lo que la costumbre y el vehículo literario que la fija se tiñen de una manera personal, a la que, como es obvio, llamamos estilo<sup>38</sup>.

En lo referente al madrileñismo de Larra, como se ha expuesto, hay que concluir que, efectivamente, su costumbrismo es madrileño, pero no es madrileñista. Es madrileño porque Madrid fue el soporte material de su vida y, social y políticamente, Madrid fue su única patria bien conocida y, literariamente, Madrid y los madrileños fueron el punto de mira de sus observaciones y el punto de partida de sus reflexiones en muchos de sus artículos. Pero estas connotaciones madrileñas no le anclaron en el costumbrismo madrileñista ni Larra claudicó ante él, sino que, al tender velas hacia horizontes de vida más lejanos, más profundos, más universales, rompieron los intocables moldes de lo local-madrileño tan adorado por otros.

En resumen, según R. Navas Ruiz:

Larra fue el único escritor romántico de España para quien la palabra *costumbre* no significa una incitación al tipismo o a la comicidad, sino una plataforma desde donde lanzar consideraciones sociales y filosóficas, extraer conclusiones sobre el carácter de un pueblo o meditar sobre la vida en general. Es, por tanto, un moralista. (...) Larra compone cuadros de costumbres con la conciencia clarísima de estar haciendo historia, elevándolas, por tanto, a una categoría superior. [...] No existen costumbres nacionales, sino de clases: la aristocracia, la burguesía y el pueblo de cada país coinciden esencialmente con los mismos niveles de los otros<sup>39</sup>.

Las costumbres como tales apenas le atraían, y menos las típicas del costumbrismo madrileñista, y, citando a Tarr, Navas Ruiz asegura:

Ya Tarr observó que el cuadro de costumbres para él no era un fin en sí mismo, sino un medio para descubrir verdades humanas, históricas, sociales, psicológicas... Porque Larra no es, en sentido estricto, un costumbrista: la etiqueta es equívoca y distorsionante (...) Por eso leer a Larra exige revivir paso a paso la historia grande y pequeña de sus días: él es su reflejo, su contraluz, el reverso del tapiz que enseña los hilos mal enhebrados y rotos<sup>40</sup>.

<sup>39</sup> RICARDO NAVAS-RUIZ, *El romanticismo español*, Anaya, Salamanca, 1973, pp. 198-199.

<sup>40</sup> RICARDO NAVAS-RUIZ, «Introducción a Larra», en MARIANO JOSÉ DE LARRA, *Artículos políticos*, Almar, Salamanca, 1977, pp. 14-15.

<sup>41</sup> C. SECO SERRANO, *op. cit.*, pp. 63-64.

Así pues, Madrid fue para Larra lo mismo que las costumbres: un medio, un recurso, un pretexto, una plataforma y un «apropósito», una «ocasión», para descubrir y mostrar los hilos mal enhebrados y rotos del reverso del tapiz de España y de su historia, o de la del mundo. Con ello pudo poner al descubierto el repertorio de los vicios, de los errores y de los males de la sociedad española, de cuyo último y total remedio no estuvo siempre muy seguro. Esta era su gran dolencia. Y esto es lo que califica su problemático costumbrismo.

Por tanto, aparte de lo que escribió Larra sobre la sociedad madrileña, la mayoría de sus observaciones importantes trascienden de ella y, cuando señala defectos y males sociales y políticos, se referían a la sociedad española en su mayor parte, o a la sociedad en general. En concreto, cuando Larra medita sobre la sociedad específicamente española, una sociedad que apenas conoce, solo y exclusivamente puede hacerlo a través del «calidoscopio» de Madrid<sup>41</sup>.

No tendrá que pasar por el cedazo del calidoscopio madrileño y se podrá conocer fácilmente lo que Larra escribe clara y directamente sobre temas o aspectos concretos de Madrid, como los referidos líneas atrás. Todos los demás temas o aspectos, más generales y trascendentes, como los referidos a España, a la sociedad, a la vida o al mundo tienen que ser conocidos desde lo que Larra conoce, esto es, de lo que observa y vive en Madrid; en definitiva, desde el conocimiento de la sociedad madrileña. Así pues, no resulta fácil llegar a saber, con el calidoscopio de Madrid de por medio, qué es lo que correspondería a cada uno de los sujetos citados. En estos casos —que son muchos e importantes—, pienso, se podría acudir al recurso de la analogía en su doble aspecto, a saber: la analogía de atribución y la analogía de proporcionalidad. Ello solo sería posible siempre que se pueda descubrir una *ratio*, en parte común y en parte distinta, entre Madrid y los demás sujetos. En el primer aspecto, por la analogía de atribución se podría plantear «qué» de lo que Larra escribe en Madrid, desde Madrid y de Madrid se podría y se debería atribuir a España, a la sociedad, a la vida o al mundo. Y en el segundo aspecto, por la analogía de proporcionalidad se abriría el camino para intentar calibrar en qué proporción, grado, medida o alcance ese «qué» madrileño se podría y se debería atribuir a los otros sujetos no madrileños. Por ejemplo, cuando Larra se lamenta de que «escribir en Madrid es llorar», ¿hay que referirlo solo a Madrid o sería legítimo referirlo a toda España? La *ratio*, común y distinta a la vez, residiría en considerar que el público-lector de Madrid no es diferente, sino parecido, es decir, análogo al del resto de España. Y en esta *ratio* se fundamentaría la atribución. La proporcional-

---

<sup>42</sup> LUIS CERNUDA, *A Larra con unas violetas, 1837-1934*, Ínsula, n.ºs 188-189, julio-agosto 1962, p. 7.



lidad, en cambio, tendría su base en el agravamiento del lamento de Larra que, un siglo después, precisaría Luis Cernuda, cuando en su poema a Larra sentencia: «Escribir en España no es llorar, es morir»<sup>42</sup>.

De todos los recursos utilizados por Larra, los que mejor caracterizan su literatura periodística son la sátira y la ironía. Pues la sátira fue su gran arma de crítica de las instituciones políticas y de las costumbres sociales y, como tal, implicaba un enjuiciamiento moral y una actitud militante. Y, por otro lado, la sátira requería, para ser eficiente, fantasía, parodia y comicidad. En estas connotaciones resume Mesonero Romanos la personalidad de Larra como articulista, al definirle como poeta satírico y, sobre todo, como un satírico político. Pues el ejercicio sistemático de la sátira, bien manejada, es precisamente lo que distingue a Larra de los típicos costumbristas de su época. Y no sólo le distingue, sino que también le distancia cualitativamente del costumbrismo complaciente de esos costumbristas. Por ello, si se quiere precisar el tipo especial de ese costumbrismo de Larra, bien podría ser etiquetado como costumbrismo satírico. Así lo ve, por ejemplo, Alejandro Pérez Vidal y Pedro Aullón de Haro. Este tratadista, para el que muchos artículos de Larra son verdaderos ensayos, explica este punto de vista, completándolo:

Lo que hay de costumbrista en los escritos periodísticos de Larra, a diferencia del pintoresquismo de Estébanez Calderón y las escenas matritenses urbanas y populares de Mesonero Romanos carece de finalidad en sí mismo en la medida en que satiriza, problematiza más que describe y trasciende hacia puntos de vista ideológicos que le son habituales<sup>43</sup>.

En otro aspecto la sátira en Larra, además de principal seña de identidad de su costumbrismo, fue el principal recurso, que Larra prodigó a lo largo y a lo ancho de parte importante de su obra periodística. La sátira era el instrumento de previa reflexión que el escritor ponía entre su mente y las cosas, quizá como camino hacia una mayor objetividad en la aprehensión y la expresión de la realidad aprehendida o, quizá, como una emanación natural de su retraimiento temperamental, de su aislamiento de un mundo hostil, sin sentido, y desvalorizado, o de un radical desengaño en su actividad de escritor o en su perspectiva política.

Parecidos efectos podrían achacarse al uso de la ironía, pues su función mediadora y distanciadora es análoga a la de la sátira. Así ha sido intuido y sugerido, en pocas palabras, por José Bergamín:

---

<sup>43</sup> ALEJANDRO PÉREZ VIDAL, *Introducción* a la selección de artículos de Mariano José de Larra, Ed. B, Barcelona, 1989, pp. 74-82, y PEDRO AULLÓN DE HARO, *El ensayo en los siglos XIX y XX*, Playor, Madrid, 1984, p. 18.

<sup>44</sup> JOSÉ BERGAMÍN, *De una España peregrina*, Al-Borak, Madrid, 1972, p. 13.

Como una sombra de palabra — dice— evocamos hoy el nombre de Fígaro como el antifaz de un rostro humano: antifaz de ironía. No sé si alguien ha dicho que es la ironía un antifaz del pensamiento. O del sentimiento. ¿Qué pensaba, qué sentía Larra? (refiriéndose al artículo *El día de difuntos de 1836* —continúa Bergamín—), mas nos parece oírle hablar ahora como a la calavera misma, subrayando su faz de muerte con el antifaz de la ironía<sup>44</sup>.

Ya con este antifaz de la ironía ya con la máscara de la sátira, Larra termina poniendo en práctica, en los últimos años de su vida, un diálogo solitario con la destrucción y con la muerte. Este diálogo solitario está plasmado en el citado artículo *El día de difuntos de 1836* y en *La Nochebuena de 1836*. En estos artículos, con la maestría en el manejo de la sátira, de la ironía y del sarcasmo más extremo, llega Larra a la cumbre de la visión trágica de sí mismo, del mundo, de la vida y de España. Esta operación escatológica es la que ha denominado José Luis Varela el «monólogo satírico». Pues a través de la sátira y valiéndose de ella, Larra se convierte en objeto de su propia satirización, llegando a anticiparse, satírica e irónicamente, como cadáver de sí mismo con el objeto de poder hacerle la autopsia, es decir, para poder hacerse a sí mismo una «despiadada autopsia». Esta es la desembocadura de un acelerado proceso, que se produce entre los años de 1834 y 1836, cuyos textos van revelando *in crescendo* la radical insatisfacción que le producía el oficio de escribir; oficio que es, a su vez, la causa y el efecto de su radical insatisfacción existencial, como hombre. Así lo describe José Luis Varela:

Esta insatisfacción adquiere su molde trágico en una versión personalísima del *Monólogo satírico* que permite vislumbrar la extinción próxima del escritor y del hombre.

(...) Pero Larra construye con un par de sus últimos ensayos (*Difuntos, Nochebuena*) el monólogo satírico de sí mismo, su propia y masoquista sátira, su inmólación íntima y pública<sup>45</sup>.

Si el propio Larra es capaz, en virtud del monólogo satírico, de convertirse en objeto de su propia sátira, anticipándose como cadáver de sí mismo para hacerse la «despiadada autopsia», ¿qué no sería capaz de hacer con las «cosas» del mundo exterior y, concretamente, con Madrid y con España? Veamos. En *Día de difuntos de 1836*, citado, Madrid es un gran cementerio en el que están enterrados todos los seres y todas las cosas de Madrid y todas las cosas y seres de España. Así pues, en este universo imaginario de Larra, Madrid es además de cementerio de sí mismo, el cementerio del

<sup>45</sup> JOSÉ LUIS VARELA, *op. cit.*, pp. 179-182.

<sup>46</sup> GUILLERMO DÍAZ-PLAJA, *Soneto a Larra*, Ínsula, n.ºs 188-189, julio-agosto 1962, p. 5.

cadáver de Madrid y del cadáver de España. Esta visión de Madrid y de España, como cadáveres, tiene la misma finalidad que la de anticiparse a sí mismo como cadáver, a saber: hacerles a todos la más despiadada de las autopsias. Esta visión creo podría tener explicación en estos versos de Guillermo Díaz Plaja de su soneto a Larra:

Tu bisturí hace autopsia de la Villa / y Corte, con gesto desolado<sup>46</sup>.

Definitivamente, en la atalaya de su vida, se le ha impuesto a Larra de una forma inaplazable la visión trágica de un mundo hostil, paradójico y desvalorizado. De aquí, el gran momento de su radical desolación en el que se concentran todos los demonios, los propios y los ajenos, los suyos, los de España y los del mundo. Se le ha impuesto una visión del mundo acabada, no sólo como manera de pensar y de sentir, sino también como manera de obrar. Su última e inminente obra, todos sabemos cuál fue.

**RESUMEN:** Dos costumbrismos madrileños del siglo XIX que no se oponen, sino que se complementan: el de Ramón de Mesonero Romanos y el de Mariano José de Larra. El costumbrismo de Mesonero es un costumbrismo madrileño y madrileñista que se complace en la contemplación y disfrute de la ciudad, a la que, no obstante, intenta mejorar a través de planes y proyectos de mejoras. Este costumbrismo es el tipo de costumbrismo típico y, muchas veces, tóxico. El costumbrismo de Larra es más problemático, y como mucho, es un costumbrismo especial que no se complace en la ciudad, sino que la critica y de la que se duele trágicamente porque no le gusta, empleando la sátira y la ironía, a veces, inmisericordes. Se trata, de un costumbrismo trascendente, ya que lo que dice de Madrid puede ser aplicado a España, a la sociedad y al mundo.

**PALABRAS CLAVE:** Costumbrismo. Madrileño. Madrileñista. Complacencia. Crítica. Sátira. Ironía. Tragedia. Muerte.

**ABSTRACT:** Two «costumbrismos» related to Madrid during the 19<sup>th</sup> century which are not conflicting but complementary: the first one by Ramon de Mesonero Romanos and the second one by Mariano Jose de Larra. Mesonero's «costumbrismo» is a Madrid's one, even more it is a literary «costumbrismo» in favor of Madrid which takes pleasure in gazing at the town and enjoying it while trying to enhance it by carrying out some improvement plans and projects. This kind of «costumbrismo» is the typical and so many times the hackneyed one. The «costumbrismo» by Larra is much more problematical, it is a special way to afford «costumbrismo» which not enjoys the town, but the criticism. Larra deeply regrets the town just because he does not like it and employs sometimes both the satire

and the irony in a merciless way. It is a transcendental «costumbrismo» as everything told about Madrid can be referred to the whole Spanish country too, to the society or even to the world.

**KEY WORDS:** «Costumbrismo». Related to Madrid. In favor of Madrid. Pleasure. Criticism. Satire. Irony. Tragedy. Death.

Recibido: 15 de junio de 2010.

Aceptado: 20 de julio de 2010.